

Chilean Sexscapes: Cartografías Liminales de la Posmodernidad Queer en Santiago de Chile

Mauricio Baros Townsend⁽¹⁾

Resumen: Lo que este trabajo pretende abordar es lo que denominamos como los *Chilean sexscapes*, que se han construido en el periodo postdictadura enmarcados dentro de la compleja cultura posmoderna y dentro de la denominada comunidad queer. Dos conceptos claves para abordar las problemáticas de esta comunidad en el ámbito urbano son liminalidad y marginalidad. Entenderemos liminalidad como aquella situación intersticial que permite la abertura a otras identidades diversas de la heteronormativas, y que hace su aparición en la ciudad en determinados tiempos y espacios. Por marginalidad en tanto hablaremos de la peculiar situación en la que ha sido mantenida la comunidad queer chilena a través de su historia.

Palabras clave: Sexscapes - Queer - Liminalidad - Marginalidad - Santiago

[Resúmenes en inglés y en portugués en las páginas 119-120]

⁽¹⁾ **Mauricio Baros Townsend** es Doctor en Arquitectura (Universidad Politécnica de Madrid, España). Magister en Arquitectura (Pontificia Universidad Católica de Chile). Arquitecto (Universidad de Chile). Académico de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y del Centro de Estudios Árabes de la Universidad de Chile, Chile.

Introducción

Quizás nuestro GPS corporal fue cambiando al avanzar el tiempo, pero el periodo anterior del cruising nos dejó una huella en nuestro relato corporal. Sabemos de calles, saunas, edificios, esquinas, puentes, estaciones de trenes que hoy emigraron como datos o señas en nuevos protocolos digitales. Quizás perdimos paisaje y ganamos una memoria formateada en un chip de nuestro móvil, celular o smartphone (p. 70).

En este párrafo, Sutherland (2021), sintetiza tal vez lo que se puede considerar la crisis de nuestras cartografías actuales, frente a los nuevos mapeos digitales. Es precisamente este hecho el que motiva la realización de este trabajo. La historia establece Halbwachs

(2004) es un cementerio en donde el espacio es limitado, pues sólo una fracción de nuestra memoria colectiva tiene el privilegio de convertirse en historia. Es precisamente por eso, porque estamos ahora en el umbral de la extinción de un orden, que orientó el habitar de la comunidad queer chilena en estas últimas décadas, que cualquier intento de registro resulta valioso. Este catastro urbano y arquitectónico será realizado –en este caso– en la ciudad de Santiago, la cual resulta un excelente caso de estudio para trasparentar las problemáticas que estamos enfrentando en la arquitectura y urbanismo contemporáneos. Utilizaremos el término queer, por ser más rico semánticamente, por abarcar las problemáticas del amplio espectro de géneros contemporáneos, y por tener ante todo un carácter performativo como le ha denominado Judith Butler (2020). Abordaremos esta temática desde la óptica de dos conceptos fundamentales asociados a lo queer en Latinoamérica, que son el concepto de liminalidad y el de marginalidad. La liminalidad nos permitirá explicar cómo operan y a qué obedecen las dinámicas queer en el espacio urbano. La marginalidad por otro lado, no es sino el adjetivo y tal vez la condición estructural con que más comúnmente se ha relacionado a lo queer en Latinoamérica.

Cartografías Queer

“Cartografiar es, en fin, trazar líneas (líneas de fuerza del *socius*, líneas de afectos grupales, líneas de fisuras o vacíos) (p. 66.)” afirma Perlongher (2016). Esto implica que así como existen tramas racionales, sobre las que usualmente se han erigido nuestras urbes, también sobre ellas a la manera de una nueva capa, se generan tramas sensibles. Mientras las primeras se manifiestan en el constructo físico de la ciudad, las segundas son fabricadas día a día por sus habitantes. Las cartografías queer, se construyen en una zonal liminal que se afirma en parte en el soporte físico urbano, y en otro gran porcentaje están conformadas por estas líneas de afectos, itinerancias clandestinas, merodeos sigilosos, que buscan satisfacer aunque sea de una manera furtiva los deseos ocultos y prohibidos por la sociabilidad heteronormativa.

Territorialidad itinerante, legible en las redes de circulaciones y encuentros entre los cuerpos que, en alas del deseo, deambulan; territorialidad oscura, que instala en el corazón de la noche su esplendor patético, la trama de sus secretos y sus escondites; territorialidad nómada: en las derivas de los noctámbulos, en los vagabundeos del sexo y de la droga, en los turbios ilegalismos tramados en las madrugadas, se estarían manifestando trazos del antiguo nomadismo de masas, criminalizado y patologizado cuando sólo el hecho de vivir en la calle, de no tener un lugar fijo, se volvió locura o delito (Perlongher, 1990, p. 130).

Esta territorialidad nómada a la que alude Perlongher, es una de las principales características del mundo queer, es sobre ella que operan los comportamientos líquidos de esta comunidad (Bauman, 2013). Es además esta característica, la que hace imperiosa la necesidad de una cartografía, pero una cartografía que difiere mucho de los habituales mapas

urbanos que han dominado nuestro imaginario los últimos siglos, pues aquí lo importante no son los lugares fijos, ni tampoco hitos y monumentos –que acostumbran a orientar nuestro deambular– sino más bien eventos, situaciones esporádicas, transitorias, que hacen imposible muchas veces fijar las locaciones, pues su existencia tiende a ser efímera. Es así como lo que pasa a ser de mayor importancia son las rutas, trayectos, itinerarios, sobre los cuales día a día, surgen puntos de actividad esporádica y semipermanente, que aparecen y desaparecen, mantenidos en una intermitencia liminal. Su existencia, sin embargo, por transitoria que sea, perdura en las memorias y en los imaginarios que alimenta, son ellos los que logran configurar un *corpus* que se prolonga más allá de su existencia física: “Las aceras, como espacios urbanos por excelencia, deben ser consideradas por tanto terreno para una cultura dinámica e inestable, elaborada y reelaborada constantemente por las prácticas y discursos de sus usuarios” (Delgado, 2007, p. 129).

El otro nomadismo que también se hace presente es a través de los denominados agenciamientos urbanos que, en ciertas fechas, permiten a la comunidad queer hacerse presente en el espacio urbano en tanto acto político, a través de marchas y celebraciones, que tienen como principal propósito luchar por el reconocimiento de la identidad queer dentro del mundo heteronormativo. Aparte de la importancia política de estos eventos, está la importancia antropológica que poseen, pues son los únicos momentos en donde se hace presente un orden diferente, que choca con la rigidez y normalización del orden estatal, como lo establece Deleuze:

“Lo que es evidente es que tanto las bandas como las organizaciones mundiales implican una forma irreductible al Estado, y que esa forma de exterioridad se presenta necesariamente como la de una máquina de guerra, polimorfa y difusa” (2012, p. 367).

Si bien esta cualidad polimorfa y difusa a la que alude el autor, es propia de casi todas las manifestaciones políticas en la actualidad, en este caso poseen la importancia, que permite aparecer a la comunidad queer, como una *communitas*. La cual se constituye en quizás la única instancia, en donde los sujetos por muy diferentes e incompatibles que sean, lograr reunirse para luchar por un fin común.

El resultado es una colosal máquina de convivir, organizada de acuerdo con una «mecánica sin mecánico», que no aspira a ser congruente, ya que da por supuesto que los individuos y segmentos que la componen son, pueden o incluso deben ser distintos entre sí, y hasta incompatibles (Delgado, 2007, p. 49).

No importando la congruencia de los elementos entre sí, su mayor valor está en la presencia masiva en el espacio urbano, y su performance callejero. Son los únicos momentos en que la comunidad queer puede gozar libremente y en su completa exterioridad del derecho a la ciudad.

Paisajes liminales de lo Queer

Lo queer antes de lo gay es para Crimp un hallazgo, pero también una esperanza, la constatación de que hay en la historia de las disidencias sexuales una latencia que podría conducirse hacia el presente para imaginar otro futuro. En palabras de Muñoz, en una paráfrasis que rinde homenaje a Crimp, “Según mi reloj, éramos queer antes de ser gay y lesbianas. Esta idea nos podría llevar a una mirada crítica hacia atrás que acaso sea un paso adelante” (Muñoz, 2020, p. 21).

Cuando hablamos de la riqueza semántica de lo queer, nos referimos al hecho de que es un término, aun hoy en día, en constante definición, ante todo es un término abierto, lo que lo hace muy atractivo para la situación liminal que más adelante explicaremos. Entre las distintas acepciones que se le han adjudicado, quizás una de las más interesantes, es cierta cualidad magmática de lo queer, como lo expresa Muñoz en la cita anterior. De esta manera lo queer sería un estado anterior a toda definición de género en donde lo queer aparece como una latencia, o un estado preformal, en el cual se pueden inscribir las diversas facciones que conforman el conglomerado LGTBQA+. Esta cualidad tendría su fundamento en las condiciones en las cuales ha surgido lo queer.

Lo queer tiene su origen en situaciones no aceptadas por el estatus heteronormativo que ha dominado gran parte de la historia de occidente, que han pasado de la criminalización extrema, hasta la pseudoaceptación que bajo el apelativo “gayfriendly” se experimenta en nuestros días. Esto ha implicado una dinámica que se ha tenido que adoptar como estrategia de ocultación o disimulación –que se ha construido a través de estos últimos siglos– y que implica un sistema de complejos comportamientos, maneras, señales y signos que se han ido construyendo en el eterno vagabundeo y nomadismo urbano que caracteriza al mundo queer. Lo que, en términos de Bauman, denominaríamos una existencia líquida: “En sus calles, rincones y vericuetos, lo reprimido se emancipa de la moral dominante en una ‘fuga libidinal’, en un ‘nomadismo urbano’ que, no obstante, la vigilancia policial, siempre logra escapar y recomponer otros itinerarios” (Guerra, 2000, p. 83). Fueron justamente estas características fluidas de las dinámicas queer, que le permitieron escapar de las rigideces de la grilla urbana, la cual se presenta como el paradigma del ordenamiento estatal en donde se busca darle a todo un lugar dentro de ella. Esta racionalidad llevada del papel al mundo físico que posee la trama urbana de nuestras principales ciudades, obviamente no dejaba lugar para lo irracional, lo anormal, etc. Ante ello lo queer buscó instalarse en los intersticios, fisuras, fracturas que aparecen en esta trama, y es esa condición intersticial que permite denominarlo como una zona liminal.

Tanto lo queer como lo liminal son concepciones relativamente nuevas. Lo liminal surge del campo de la antropología (Turner, 1988), y se utilizó originariamente para definir ciertas situaciones y estados por los que debía pasar el ser humano durante su vida. Lo liminal era descrito sobre todo como un tránsito entre otras situaciones, cuya principal característica es precisamente esa situación intermedia de estar en un “entre”. Actualmente el concepto de lo liminal ha evolucionado a diversas acepciones que se han apartado de su definición original, sin embargo queremos mantener para efectos de este trabajo esa

calidad intersticial que lo caracteriza. Esta situación de tránsito de la liminalidad, puede ser entendida también como una situación de paso.

Rooted in the Latin patio (to suffer, to undergo), the word 'passage' indicates a displacement, a process of transformation undertaken, but not yet finished.... Hence, a passage is at its heart related to a certain kind of experience that one is undergoing, a movement from one position to another (Thomassen, 2018, p. 13).

Esto es muy significativo, porque este tránsito implica la acción del atravesar, de tener que ir a una situación a otra, tanto física como psíquicamente, por lo tanto de experimentar, lo que según su acepción etimológica puede ser entendida como una situación performativa en el sentido butleriano. De esta manera la ciudad se experimenta como un espacio de sensaciones y situaciones en donde el cuerpo aprehende y aprende en su deambular sensorial e intelectual (Guerra, 2000).

Este tránsito en el mundo queer, opera de manera escalar, porque de alguna manera comienza en el closet y termina en la ciudad. Es toda una arquitectura que empieza en el interior de la casa, y se exterioriza en el espacio urbano, en donde si bien la escala cambia, siempre se mantiene la cualidad intersticial de estos espacios. El armario, no es sino un lugar interior de la casa, cuya presencia siempre se mantiene ausente. Está dentro de la casa, pero fuera de la vista y la conciencia de sus habitantes. En la ciudad es la calle, y sus derivados, callejuelas, callejones, pasajes, etc., en donde se desarrollan principalmente las actividades del mundo queer. La calle es el espacio por excelencia del vagabundeo, ese "microcosmos de la modernidad", territorio de la errancia sexual como denominó Perlongher (1990), de la itinerancia, del nomadismo urbano y el cauce de las actividades fluidas de la existencia líquida del mundo queer. Es el espacio liso de Deleuze (2012), un espacio que es topológico antes que topográfico, siendo este último definido como espacio estriado por el autor, propio del mundo sedentario.

Toda topología está definida por un conjunto de relaciones, más que por elementos físicos. Son más importantes las relaciones que ocurren en el espacio que los edificios-soporte mismos. Mientras que esta topología trata de la posición de un cuerpo respecto de otros, la topografía es la escritura, la grafía de ese cuerpo en el espacio, la huella. Así podríamos establecer que lo queer se maneja más en un mundo topológico, que topográfico, como lo es el mundo heterosexual. Si bien ambos tratan con escrituras, las del mundo queer son grafías líquidas, palabras sueltas, imágenes fragmentarias, rotas, recortadas, por lo tanto, siempre abiertas. En tanto las grafías del mundo heteronormativo, son escrituras, normas, reglamentos, etc. Las primeras se manifiestan en el grafiti callejero en muros y paramentos, y las segundas como decretos y prohibiciones. Unas buscan la liberación de los cuerpos, y las otras el control sobre ellos.

"The city is made and made over into the simulacrum of the body, and the body, in its turn, is transformed, 'citified,' urbanized as a distinctively metropolitan body" como nos señalan Nast y Pile (2005, p. 31). La ciudad se adapta al cuerpo y el cuerpo a la ciudad. Cuerpo y ciudad se vuelven uno sólo, pues lo fluido permite que el simulacro del cuerpo y la ciudad sean uno solo. La fluidez del medio permite que tanto el cuerpo como la ciudad ambos simulados, se sincronicen y posean la misma viscosidad. Pasamos así de la resistencia pé-

trea de la ciudad física, a la viscosidad de la ciudad queer posmoderna, para terminar en la fantasmagoría la ciudad virtual actual.

Liminalidad Urbana

Si llevamos la liminalidad al espacio urbano, nos daremos cuenta que esta puede aparecer de variadas maneras. Podríamos establecer que existiría una liminalidad temporal y una liminalidad espacial, es decir tiempos y espacios liminales. En el primer caso la comunidad queer, en tanto comunidad que ha tenido que mantenerse oculta por tanto tiempo, sabe que la noche es el territorio ideal para el despliegue de las identidades que no son aceptadas visiblemente durante el día: “Y si bien hablamos por medio de la noche que llevamos dentro, interna, nos tocamos en la noche externa, cotidiana, que a nuestros ojos parece venida del cielo” (Quignard, 2018, p. 12). Es por ello que, los primeros reductos del mundo queer –que furtiva y clandestinamente en algunos casos– comenzaron a surgir en el periodo dictatorial están asociados con actividades nocturnas, de esta manera las discotecas aparecieron tempranamente como uno de los sitios de encuentro más usuales de la comunidad queer, ellas han sido las grandes administradoras de la vida nocturna como señala Sutherland (1990, p. 63). De esta manera cuando la ciudad heteroprodutiva duerme, la noche surge como un tiempo liminal, un intervalo liberado de reglas y restricciones, en el cual es posible acceder a un protagonismo urbano, que durante el día es negado.

En segundo lugar los territorios liminales, son aquellos espacios que podríamos denominar como intersticiales. Territorios que han devenido en un *terrain vague* ya sea por su abandono físico, social o funcional. Espacios que han sido desahuciados por el mundo heteronormativo, ya sea por el término de su función o por resultar inadecuados para el propósito que fueron hechos, clara metáfora de la sexualidad queer: “La homosexualidad fue representada como un cuerpo superfluo, socialmente indeseable, extraño a las economías de la (re) producción biológica y/o simbólica, en la encrucijada de lo raro, lo abyecto y lo ininteligible” (Melo, 2006, p. 15). Dentro del modelo de familia moderna tan importante en la arquitectura y urbanismo del siglo XX, una de sus principales funciones era la reproducción, lo que inmediatamente dejaba al mundo queer, como la contrapartida improductiva, y por lo tanto fuera de los ideales para los cuales se proyectaba el mundo moderno durante el siglo XX. No deja de ser por lo tanto llamativo, que las comunidades LGTBQIA+ se hayan apropiado de edificios desocupados en los centros de nuestras ciudades, antiguos cines, discotecas, fábricas, etc., que conservan por lo tanto en su abandono esa cualidad de “improductivos”, que por supuesto los sitúa en un limbo de esterilidad liminal.

Los espacios públicos que se habían construido en el centro de la ciudad en esa época, como símbolo de una burguesía que miraba hacia Europa, viven cierto abandono institucional durante la dictadura de Pinochet, abonando el terreno para su ocupación por parte de aquellos que el Estado considera ciudadanos degradantes (Iglesias, 2020, p. 37).

En la ciudad de Santiago, este hecho fue significativo, debido al prolongado periodo de “toque de queda” (11 de septiembre de 1973 al 12 de enero de 1987) que se mantuvo debido a la Dictadura, el centro de la ciudad vio su actividad de ocio completamente mermada, situación de la que nunca se recuperó. Esto implicó un deterioro y decadencia de muchos lugares de entretenimiento, que comenzaron a vivir en una situación disminuida, que permitió su ocupación para actividades del mundo queer. Es así como antiguos y prestigiosos cines, se convirtieron en cines triple X, antiguas discotecas, centros eventos, etc., pasaron a ser centros de encuentro de la comunidades LGTBIQA+. Muchos edificios residenciales, se transformaron en prostíbulos, y gran parte de comercios en los pasajes céntricos pasaron a ser ocupados con lugares destinados al comercio sexual como los cafés con piernas.

Esta ocupación del espacio céntrico de nuestra ciudad implicó la adaptación de muchos de estos edificios para la instalación de una serie de dispositivos propios del mundo queer, para realizar actividades como el cruising que sin duda es la actividad que por esencia mantiene esa cualidad líquida propia del mundo queer.

El cruising

“La práctica del cruising interpela el orden sexual en cuanto al escenario en el que se lleva a cabo, ya que se trata de una actividad que da un uso no previsto a un espacio construido para la reproducción social de la heterosexualidad. Parques, lavabos públicos o playas son objeto de resignificación sexual por parte de los usuarios que se involucran en la actividad del cruising” (Langarita, 2014, s/n).

Siendo el cruising la actividad más líquida y fluida de todas, posee una adaptación a los diferentes ambientes en donde suele ocurrir. El cruising se puede producir en ambientes cerrados y semiprivados, o en el espacio público. No es extraño que en la grilla urbana, de la ciudad heteronormativa, se mantuviera al hombre como usuario principal del espacio urbano, es por ello que quizás, cuando el cruising comienza a ser practicado en nuestros centros urbanos, es nuevamente el hombre que aparece como su principal protagonista como señala Navarrete (2004): “No existen espacios de este tipo para mujeres, un hecho que refleja, las situaciones distintas de las mujeres y los hombres en el espacio público” (p. 32). El cruising urbano puede ser practicado en calles, callejuelas, pasajes, etc., pero un lugar preferente son los parques. Los parques mantienen esa condición liminal de ser un fragmento del “espacio natural” dentro de la ciudad, lo que les otorga esa condición ilusoria de lo salvaje y no dominado por las reglas urbanas.

A nivel de edificaciones, el cruising es practicado, en cines, discotecas, saunas, gimnasios, cibercafés, baños públicos, etc. Si bien estos programas puedan poseer una morfología muy diferente, todos ellos comparten un elemento que los une, y posibilita la práctica del cruising en su interior, y que es la presencia de lo que podemos denominar un espacio privado o cabina (*Ver Figura 1*). Esta cabina, aparece en los baños de cines, discotecas, cibercafés, etc. Puede ser la ducha del gimnasio, el dark-room de la discoteca, o la cabina

de un sauna. Todos ellos pueden ser vistos metafóricamente, como la presencia del closet llevado al ámbito urbano. La cabina así se convierte en la célula mínima, cuya presencia facilita la actividad sexual esporádica que constituye el cruising. Curiosamente aparece como un espacio “controlado”, en tanto cerrado, –muchas veces vigilado– para realizar una actividad “descontrolada”. Esta frontera entre el control y el descontrol, es claramente una situación liminal, que para muchos de sus usuarios añade un gran atractivo, seducción y adrenalina a la actividad a realizar. De esta manera, esta cabina, es célula y celda a la vez. Célula en tanto es el espacio mínimo privado que permite la realización del cruising, y que aparece repetidamente en estos espacios y, celda, en tanto dispositivo que oculta el deseo ‘anormal’ y lo invisibiliza.

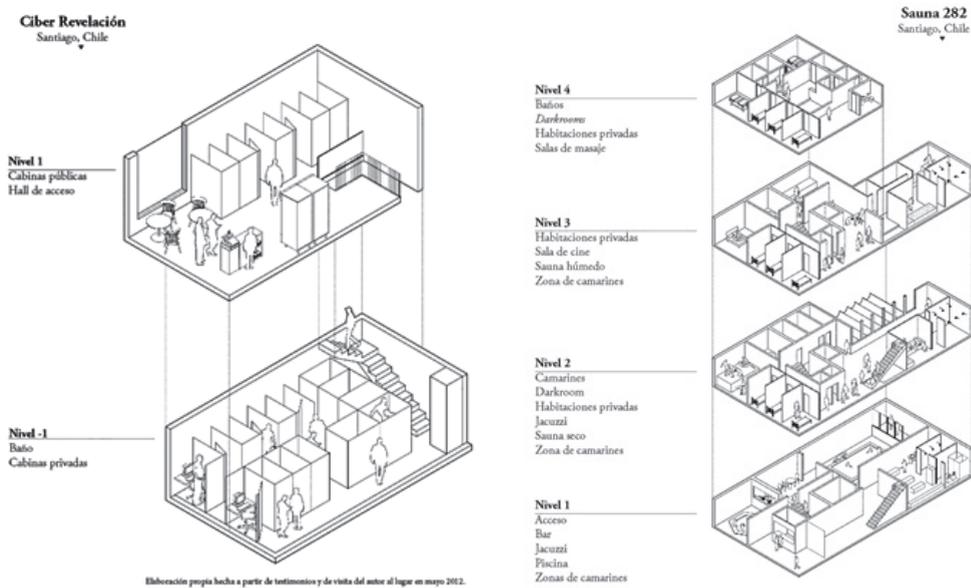


Figura 1. Como es posible apreciar en el diagrama de este cibercafé y de este sauna del circuito queer de Santiago, las cabinas ocupan un lugar primordial en su estructura, ya sea como cabinas de conexión o habitaciones privadas (Fuente: “El Cruising Pavilion como paradigma de los espacios de apropiación sexual y el caso de Santiago” por A. Quintanilla, 2021, Seminario (arquitecto). Todos los derechos reservados [2021] por Alonso Quintanilla Guzmán).

La marginalidad Cuir

Con todo, en esta cartografía santiaguina el protagonismo lo cobran las minorías. Una inmensa minoría, cabría decir, en la que el mundo de desheredados, de marginados hacen acto de presencia. Así, nos enfrentamos al actuar de niños, pobres, mujeres, homosexuales, travestis, chicos Dawn... Seres incómodos y, por lo mismo, a veces sometidos a la normalización, a la neutralización, a partir de estrategias políticas que pretenden lavar la cara de la ciudad, asignándoles un lugar “reconocido” en el espacio de lo público (Mateo, 2006, p. 613).

Si hacemos una revisión del rico imaginario queer que se ha construido estas últimas décadas, nos daremos cuenta que un elemento que atraviesa todo el discurso latinoamericano respecto de la temática, es la marginalidad. La marginalidad es distinta de la liminalidad, si bien comparten el configurarse en torno a un *limes* o borde, la liminalidad siempre involucra un ‘entre’, está en un interior de otro espacio o situación, en tanto la marginalidad, desde el punto de vista espacial alude a un afuera, a la exterioridad.

Esta marginalidad se hace patente fuertemente en la comunidad queer, teniendo exponentes como Perlongher o Lemebel en la literatura, y Fuguet en el cine: “Mientras en el primero leemos descampado extramuros, en el segundo encontramos que recalcan en un sitio abandonado, lleno de basuras y perros muertos” (Cid, 2017, p. 58). En ellas nos enfrentamos brutalmente a la marginalidad social que caracteriza al mundo queer, un mundo habitado por niños, prostitutos, travestis, drags, etc., que conforman el variopinto imaginario literario y cinematográfico plasmado por estos autores, y cuyo principal valor es hacerlos protagonistas, y por lo tanto presentes, para una sociedad en la que habitualmente estos personajes suelen ser invisibles. Es así que paradójicamente a través de la ficción han podido conseguir algo que la realidad les ha negado, una presencia urbana. Esta marginalidad tuvo su origen tempranamente en el periodo colonial, pues la racionalidad del damero hispano trajo consigo la exclusión, e hizo aparecer los primeros arrabales o zonas periféricas en nuestras ciudades. A pesar de haber pasado más de 500 años, la huella de la herida de esa primera exclusión permanece de alguna manera aún en nuestra urbe. Dentro de los límites de esa primera urbe, estaban dos hitos geográficos, que pasaron a constituirse por varias centurias como los límites urbanos de Santiago, que son el río Mapocho y el Cerro Huelén, llamado Santa Lucía por los españoles.

El *statu quo* colonial, y ahora el republicano, sugieren una fuente racial diversa en esta concepción tan distinta de la diversión que en las élites propicia el recato y los bailes ceremoniosos en los palacios del barrio céntrico, mientras que en los sectores populares da rienda suelta al jolgorio y desenfreno, donde sea que los pille la fiesta o la noche, aunque principalmente en el barrio aledaño a la orilla norte del Mapocho (Collyer, 2014, p. 62).

Si bien desde fines del siglo XIX, comienza un blanqueamiento moralizador de estos espacios urbanos, con el objetivo de convertirlos en los nuevos espacios de la burguesía de la época, permaneció en ellos la sombra de su marginalidad originaria, y esto es debido a

que, si bien estas zonas inicialmente marginales pasan a estar en el tiempo en el centro de la ciudad, su estigma parece permanecer. De alguna manera las comunidades queer nunca han abandonado el centro urbano, tal vez en espera de un reconocimiento que nunca se ha producido.

Es decir, las laderas del cerro Santa Lucía y los caminos del Parque Forestal se pensaron, además de para proyectar una imagen de modernidad, para que la heterosexualidad pudiera pasear y tener un lugar de ocio y disfrutar del placer de ver y dejarse ver. La reapropiación de esos espacios para consumir la homosexualidad a través del encuentro sexual invierte esa concepción (Iglesias, 2020, p. 38).

Prueba de ello es que con el periodo de decadencia del centro de Santiago desde la Dictadura, estos espacios vuelven a convertirse en lugares de encuentros clandestinos para el mundo queer. Es interesante notar como por ejemplo el río Mapocho, antiguo margen de la ciudad, se convierte ahora en un eje gravitante en torno al cual suelen situarse la mayor parte de los que se consideran sitios de la comunidad queer (*Ver Figura 2*), en el que se encuentran: restaurantes, saunas, discotecas, etc., que conviven en la cercanía de este cauce urbano, el cual no resulta sino un perfecto simil del espacio liso deleuziano: “Desde sus inicios el territorio de La Chimba tomó la forma del arrabal o ‘trastienda’ de la ciudad fundacional. Territorio de los extramuros, se caracterizó por su importante presencia de indígenas, muchos de ellos artesanos y desarraigados de las encomiendas” (Márquez, Truffello, 2013, p. 80).



Figura 2. Sitios LGTBIQA+ cercanos al Río Mapocho en Santiago de Chile décadas 90s, 2000s, 2010s, 2020s: 1. Cine Apolo; 2. Museo Bellas Artes; 3. Calle J. M. de la Barra; 4. Disco Queen; 5. Parque Forestal; 6. Plaza Baquedano y Parque Bustamante; 7. Parque Balmaceda; 8. Plaza de la Aviación; 9. Discoteca Fausto; 10. Sauna Sebastián; 11. Discoteca Bokara; 12. Restaurant Capricho Español; 13. Discoteca Bunker; 14. Sauna Mi Tiempo; 15. Restaurant El Toro; 16. Restaurant Sarita Colonia; 17. Sauna 282; 18. Restaurant Sabor a Mí; 19. Parque Metropolitano; 20. Jardín Japonés. Algunos de estos lugares se encuentran hoy cerrados, a causa del estallido social y la posterior pandemia (Fuente: Elaboración Propia).

La Chimba nació desde la fundación de la ciudad con el signo de la exclusión, primero fue lugar de los indígenas, vagabundos, luego de la población más desposeída, y hoy de las minorías raciales y sexuales. Todo ello lo convierte claramente en un territorio liminal, entre la razón, el orden y la racionalidad de la cultura hispana fundacional y, la barbarie y salvajismo del mundo indígena americano. Es esta misma potencialidad de ser un espacio de albergue de todo lo marginal, que ha convertido a la Chimba en el barrio más heterotópico de nuestra capital. Abundan en él, aún hoy, las ruinas de viejos conventos, cementerios, la morgue, hospitales, psiquiátricos, etc. Es decir, el lugar de la enfermedad, lo anormal, de lo irracional, de aquello que está cercano, presente pero a la vez ausente, territorio de la alteridad, en donde surge el “otro negado”, pero necesario para la construcción de las identidades hegemónicas. Esto lo ha convertido en un lugar predilecto de imaginarios literarios y artísticos. Es el territorio de los imbunches de José Donoso, Damiela Eltit y Nona Fernández: “...es la ciudad la que genera sus propios imbunches, posicionándolos en estas zonas limítrofes en que se engendran los desechos” (Vargas, 2018, p. 2269). Un territorio que se nos muestra como laberíntico y rizomático, una característica muy habitual en la espacialidad queer. Este es quizás el único sector, en el hoy denominado barrio

Bellavista perteneciente a la antigua Chimba, que ha llegado a alcanzar la cualidad de un guetto queer.

“Las actividades sociales más, comunes de la mayoría de ellos se estructuran sobre la base de la diversión, sobre todo en una sociedad donde son estigmatizados y, por lo tanto, la posibilidad de expresarse con sus iguales se da en el ghetto” (Robles, 2008, p. 36).

Esto principalmente a que durante la Dictadura se permitió la aparición de los primeros locales del ambiente en este sector, los que se multiplicaron en la época postdictadura. Por otro lado, el Cerro Santa Lucía, parece ofrecer, el único pedazo en donde la naturaleza puede hacerse presente. Es el paradigma del laberinto verde, que heterotópicamente permite –en una situación de mucha centralidad y fácil accesibilidad– desligarse del tráfico urbano rápidamente para perderse en los rincones, y recovecos que este lugar proporciona.

El cerro es, para el investigador, símbolo urbano del “entramado de símbolos, conductas y valores” de una cultura particular, la cultura homosexual santiaguina de estrato socioeconómico medio. Al apropiarse de dicho espacio, los homosexuales urbanos han logrado establecer una comunidad que comparte un territorio, un lenguaje y una historia común, historia que se sitúa en la periferia de la oficialidad chilena (Parada, 2012, p. 67).

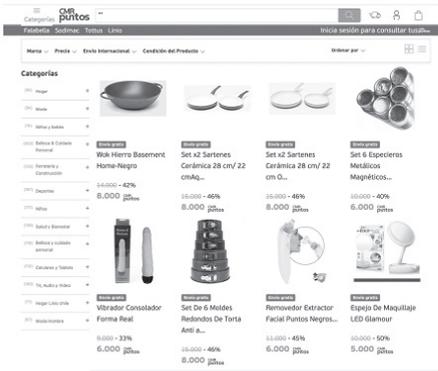
Mientras el Santa Lucía posee una escala urbana contenida, con senderos serpenteantes y estrechos que lo convierten en un laberinto íntimo, su contrapartida el Cerro San Cristóbal o Parque Metropolitano en la zona de la Chimba, es el lugar de la aventura. Dada su escala se presta a encuentros furtivos escondidos tras las actividades deportivas que en él se suelen realizar, especialmente los fines de semana. Además posee dos piscinas que en la temporada veraniega se constituyen en un conocido lugar de cruising.

Así como hemos visto la aparición de estos espacios liminales en tanto intersticiales dentro de la ciudad, también surgen estos otros espacios en los márgenes de la propia ciudad, pero márgenes internos, pues su marginalidad es más del tipo funcional y productivo que geográfico. Otro de estos espacios liminales ofrecidos por la misma infraestructura urbana son los entrepisos, y subterráneos de los pasajes comerciales de Santiago, y también los caracoles comerciales, los cuales en franca decadencia, luego de que el comercio del mall los desplazara, se han transformado en lugares privilegiados para el devaneo y el comercio sexual. De esta manera cafés con piernas, cines tiple XXX, han ocupado estos intersticios que la propia ciudad les ofrece.

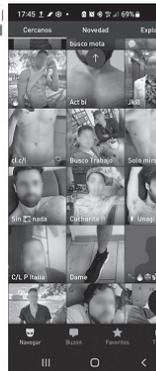
Estos espacios aunque son públicos y abiertos a todo el mundo no pueden ser vistos fácilmente, no tienen contornos claros, ni una señalización clara, pero pronto se genera un mapa invisible que traza un recorrido por un ‘espacio homosexual’ semiescondido... Al ser visibles e invisibles al mismo tiempo permite a sus usuarios cambios de identidad gracias al anonimato (Navarrete, 2004, p. 55).

Cartografías virtuales de la posmodernidad

Así hemos visto como sobre la cartografía física de la heteronormatividad, se ha superpuesto la cartografía nómada del mundo queer, y sobre ellas aparece ahora la cartografía virtual de la posmodernidad: “El cortejo homosexual callejero, que no tiene legitimidad ni espacio social en el cotidiano, queda desplazado en nuevas formas y modalidades. Internet trafica imaginarios, cuerpos y pulsiones que arman su cortejo sexual a la carta” (Sutherland, 2021, p. 42). La globalización, plataforma del neoliberalismo, al convertir al sujeto prioritariamente en un ente de consumo, lo transforma en objeto, en objeto de tráfico, exhibición, comercialización, etc. Ahora todo es pornografía, el mundo se ha convertido en una gigantesca pornosfera (Maginn & Steinmetz, 2017). El mercado y su avance globalizador, sólo atiende a números, ello implica la integración al sistema de todo grupo antes excluido en tanto potencial consumidor. Ante ello la integración de la comunidad queer, no ha venido ni desde la política, ni de la iglesia, ni desde el mundo social, sino del mundo mercantil. Es así que como bajo la etiqueta “mercado-rosa”, o “gay-friendly” se comienza a aceptar lo antes excluido, convirtiéndose en otro de los múltiples bazares del capitalismo (Ver Figura 3).



3



4

Figura 3. Como es posible apreciar en este aviso de una importante tienda de Retail, objetos antes considerados pornográficos, son ofrecidos junto a otros objetos de uso cotidiano (Fuente: En la pornosfera contemporánea todo puede ser mercantilizado. Capturado 05/07/2022)

Figura 4. Pantalla de Grindr, aplicación para el encuentro homosexual, opera con geolocalización. (Capturado 29/11/2022).

Resulta paradójico que el mismo sistema que ha conducido a la degradación de nuestros centros urbanos, como contrapartida sea el que haya permitido la visibilización del mundo queer en estos mismos lugares, que antes fueron centros hegemónicos del poder. Esta decadencia y degradación urbana, se ha acrecentado con la pérdida de valor del espacio público producida por el neoliberalismo económico. En donde los centros comerciales

desplazan a los espacios públicos, la antigua plaza pública ahora se convierte en el 'Mall Plaza', en donde el encuentro social es reemplazado por el encuentro virtual.

El nuevo cruising homosexual, o la actual gaycidad, configuraría emergentes cortejos amorosos en la pantalla de una nueva ciudad del deseo con efectos de mediación digital, es decir, el caminante sexual, el mirón, el callejero acostumbrado a flirtear en cada esquina de la ciudad ya no tiene cuerpo, ha sido despojado de ese caminar para volverse una terminal geolocalizada de otro sujeto o sujetos interconectados buscando el mejor perfil (Sutherland, 2021, p. 42).

Es precisamente el consumo el que ha permitido el surgimiento de las cartografías queer contemporáneas. Cuando lo queer se volvió en negocio, la macroestructura capitalista, procedió a blanquearlo a través de sus etiquetas para así insertarlo en los circuitos del consumo. Y es así como el cibercafé, el mall desplazan como lugar de encuentro queer, al cine triple X, al sauna, etc. De esta manera el mall desplaza a los lugares de encuentro habituales como parques y plazas. No es de extrañar así que los baños de los principales centros comerciales de nuestra capital están incluidos dentro de los sitio de cruising actuales. De esta manera el antiguo mapa cede paso a la cartografía digital, la cual resulta adecuada para los dispositivos tecnológicos que filtran y manejan el deseo contemporáneo, y que convierten al espacio urbano y la ciudad en general en un tablero de juego virtual y sexual, en donde todo es posible de traficar.

Curiosamente al ver hoy una pantalla de Grindr (*Ver Figura 4*) no podemos dejar de pensar, que nunca hemos abandonado el closet, porque el armario físico, se transforma ahora en la celda virtual, en donde nuestras apolíneas selfies no son sino la etiqueta un sujeto devenido mercancía.

Referencias

- Arrambide, J., & Bauman, Z. (2007). *Amor líquido acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (7a. ed). Fondo de Cultura Económica.
- Butler, & Muñoz, M. A. (2020). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (4a. ed en Chile, febrero 2020.). Paidós.
- Cid. (2017). Vasos Comunicantes del Neobarroco: sobre las escenas y sentidos compartidos entre las obras de Nestor Perlongher y Pedro Lemebel. *Acta literaria*, 55(55), 51–67.
- Collyer, & Andahazi, F. (2014). *Chile con Pecado Concebido. Historia Sexual de los Chilenos*. Catalonia.
- Deleuze, Guattari, F., Vázquez Pérez, J., & Larraceleta, U. (2012). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Delgado Ruiz M. (2007). *Sociedades movedizas: Pasos hacia una antropología de las calles*. Anagrama.
- Guerra Cunningham. (2000). Ciudad neoliberal y los devenires de la homosexualidad en las crónicas urbanas de Pedro Lemebel. En *Revista Chilena de Literatura*.

- Iglesias Pascual H. Sarto A. del & Ohio State University. (2020). *Chile coliza : cuerpos espacios discursivos y redes sociales en la literatura y el cine chileno contemporaneo de tematica lgbtq* (dissertation). Ohio State University.
- Langarita Adiego, J.A. (2013). Rituales de interacción sexual entre hombres. Una propuesta de análisis del discurso y de la práctica del sexo anónimo. *Gazeta de Antropología*, 30(3): artículo 02 (2014). [<http://hdl.handle.net/10481/33809>]
- Maginn, P. J., & Steinmetz, C. (Eds.). (2017). *(Sub)urban sexscapes: Geographies and regulation of the sex industry*. Routledge.
- Márquez, Francisca, & Truffello, Ricardo. (2013). Geografías de un territorio de frontera: La Chimba, Santiago de Chile. Siglo XVII - XXI. *Revista de geografía Norte Grande*, (56), 75-96. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022013000300005>
- Mateo del Pino, A. (2006). Los rostros de la marginalidad: Zanjón de la aguada de Pedro Lemebel. *Revista iberoamericana*, 72(215-216), 607-.
- Melo, A. (2009). *Historia de la literatura gay en la argentina. Representaciones sociales de la homosexualidad masculina en la ficción literaria*. Ripio Ediciones.
- Muñoz, J. (2020). *Utopía Queer. El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Caja Negra.
- Navarrete, A.; James, W. (2004). *The Gendered city: espacio urbano y construcción de género*. Univ. de Castilla La Mancha.
- Parada, A. (2012). El Cerro Santa Lucía En El Imaginario Chileno. *Chasqui*, 41(1), 59-72.
- Perlongher, N. (1990). *Avatares de los muchachos de la noche*. Nueva sociedad.
- Perlongher, N. (2016). *Los devenires minoritarios*. Diacasa.
- Robles, V. H. (2008). *Bandera hueca: Historia del movimiento homosexual de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Arcis.
- Sutherland, J. (2009). *Nación Marica. Prácticas Culturales y Crítica Activista Latinoamericana*. Los Perros Románticos.
- Sutherland, J. (2021). *Grindermanías. Del Ligue urbano al sexo virtual*. Alquimia Ediciones.
- Thomassen, B. (2018). *Liminality and the modern: Living through the in-between*. Routledge.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual : estructura y antiestructura*. Taurus.
- Vargas, J. (2018). "Ciudad Imbunchada: La (re)presentación del espacio ciudadano en Diamela Eltit y Nona Fernández". *Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti, 1ºed-Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.*
- Varios Autores. (2018). *Multitud Marica. Activaciones de Archivos Sexo-Disidentes en América Latina*. Museo de La Solidaridad Salvador Allende.

Abstract: What this work intends to address is what we call Chilean sexscapes, which have been built in the post-dictatorship period framed within the complex postmodern culture and within the so-called queer community. Two key concepts to address the problems of this community in the urban environment are liminality and marginality. We will understand liminality as that interstitial situation that allows the opening to other identities other than the heteronormative ones, and that makes its appearance in the city at certain

times and spaces. Due to marginality, we will talk about the peculiar situation in which the Chilean queer community has been maintained throughout its history.

Keywords: Sexscapes - Queer - Liminality - Marginality - Santiago

Resumo: O que este trabalho pretende abordar é o que chamamos de sexscapes chilenos, que foram construídos no período pós-ditadura enquadrados na complexa cultura pós-moderna e na chamada comunidade queer. Dois conceitos-chave para abordar os problemas dessa comunidade no ambiente urbano são a liminaridade e a marginalidade. Entenderemos a liminaridade como aquela situação intersticial que permite a abertura para outras identidades que não as heteronormativas, e que aparece na cidade em determinados tempos e espaços. Devido à marginalidade, falaremos sobre a situação peculiar em que a comunidade queer chilena se manteve ao longo de sua história.

Palavras-chave: Sexscapes - Queer - Liminaridade - Marginalidade - Santiago
